
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 7, Número 38, Mayo Junio 2006

Índice

Editorial: La calle de tu vida.....	1
El Avadhuta Gîtâ.....	3
Devoción a Dios.....	6
El por qué de los templos.....	7
El Sendero Divino.....	11
La suprema Religión: la religión del amor a Dios.....	12
Las Sadhanas.....	14
El antiguo Egipto: la tierra de los Dioses.....	16

Editorial: La calle de tu vida

Por Ada Albrecht

Hijo querido:

Comienzas a andar la difícil calle de tu vida. Eres joven, y en cada esquina te espera una aventura, buena, o mala; te espera la traición, la fidelidad, el amor, el olvido; te esperan también estudios e ideales.

La campesina –por lo inocente y sincera– de tu alma, llevará en sus brazos una cesta donde poner todo lo sombrío, y otra maravillosa cesta de luz, donde guardar lo bello y puro.

Te acompañarán las tristezas, los impostergables fracasos, el dolor por lo que perderás, y lo que no podrás conquistar. En la cesta luminosa, racimos inefables de esperanzas alumbrarán tu tiempo con sus maravillas. Allí reinarán tus logros y éxitos. La dicha se asomará en ella, y te sonreirá. El amor, los años generosos en dádivas amables irán contigo. Caminarás de la mano tibia del Sol.

Sin embargo, Hijo querido, deberás aprender que luz y sombra son hermanas gemelas; tristeza y alegría son hermanas gemelas, porque ambas son hijas de las cambiantes y díscolas horas, en tanto que tú eres Hijo de la Eternidad. Tú eres perenne. Tu Ser es una criatura perfecta, estática, inamovible como el Eje del Universo. Tú no derivas, no cambias. Pero la alegría y la tristeza en la calle de tu vida, sí. El placer y dolor en la calle de tu vida, sí, y también tu risa, tus lágrimas, tu cuerpo anciano, y tu joven cuerpo.

La calle de tu vida –esa calle por la cual se desplazan los pasos de tu conciencia– genera los racimos de las vides del Tiempo. Esas vides nada tienen que ver con tu Esencia.

Por eso, te invito a que eleves tu conciencia hasta el Sagrado Reino de la objetividad. No permitas que las múltiples máscaras de Cronos se apoderen de ti, haciéndote danzar a su gusto. Pasa por tu calle –la que te dio el destino– con pies ligeros, y no subjetivices en demasía sus mieles placenteras ni creas en la hipocresía del dolor, que siembra en los surcos de sus sombras, las semillas futuras de auroras magistrales: ¡la hija de la noche siempre es el alba! Látigo y miel son uno; látigo y miel son tus maestros, y poseen la genialidad de los artífices divinos. Ellos, esculpiendo en tu interior, desnudarán el mármol olímpico de tu Ser de todo pedregullo que lo desdibuja. Beethoven, Fidias del sonido, hizo de escalas y fraseos su cantera melódica y extrajo de

HASTINAPURA

diario para el alma

ella sonatas y sinfonías para gloria del mundo, y fue porque permitió que en la calle de su vida, miel y látigo lo esculpieran.

No todos podemos lograr la dimensión de ese gigante, pero tenemos humildemente la que nos es propia. Sé fiel a la tuya, y como te dije anteriormente, anda por la calle de tu vida sin demasiado apego ni rechazo por esos dos rostros constantes.

A tus veinte años te parecerá muy larga la calle de ese existir; sin embargo, sin que te des cuenta, la recorrerás por completo. Mírala, es tuya. Te protege, pero también requiere de ti el paso respetuoso, el paso que la dignifique. Hallarás amigos en ella, te encontrarás con tus Maestros, y tus futuros discípulos, con el que te debe y al que debes, con el que no te quiere y que tú quieres. Te encontrarás con la totalidad del mundo misteriosamente, sin moverte de tu calle, porque todo está en ella.

Esperará por ti, si el orgullo te viste, la mansión arquetípica donde tu ego querrá residir, o la casa humilde de tu alma madura que ansía otras clases de riquezas: las del Ser. Te invitarán a entrar en ellas, la iglesia y la sala de juegos, la biblioteca o el salón de baile. ¡Deberás elegir dónde ingresar! Tu amigo marcha por ella, y marcha también aquel que consideras enemigo tuyo. Cuando llegues al final de tu calle, quién sabe si no te pedirá cuentas sobre tu transcurrir. Cuídala, hijo querido, no sea cosa que cuando tu tiempo se vista de noche para ti, al verla ya lejana, te sea difícil recordar si dejaste en ella pasos de luz, o si dejaste al andar los sombríos pasos de los que vivieron de modo equivocado.

Si sembraste pasos luminosos al recorrerla, verás, que como las semillas del campesino, tus pasos-semillas generarán para las tierras de tu futuro, claridades infinitas.

La calle de tu vida es sagrada. Es tu camino al Cielo o al infierno, a la oscuridad o a la Luz. Ten conciencia de ello, y recórrela con gentil amabilidad, bendiciendo al Cielo por haberte otorgado, con ella, la oportunidad de dar alas al que quiere volar, con tus enseñanzas, y amor, con cada latido de tu corazón.

Ada Albrecht

HASTINAPURA

diario para el alma

El Avadhuta Gîtâ

PARTE III

Luego de hablar acerca de sus primeros doce Maestros, Dattatreya continúa describiendo al Rey Yadhu las enseñanzas de sus otros guías espirituales:

13. La enseñanza dada por el apicultor

“Si un hombre trata de ahorrar para el mañana, él caerá en la ruina. Cuando un *Sannyasin* o monje mendicante recibe alimentos, nunca deberá decir “esto lo guardo para mañana” o “esto me servirá el día siguiente”. Hacer esto es errado. La vasija de mendicante deben ser sus manos y su estómago debe ser la vasija donde el alimento es guardado. Si un hombre ahorra fortuna y no la da a los otros, ni él goza de ella ni deja que la gocen los demás. Este hombre es un tonto, puesto que algún día su fortuna va a ser tomada por alguien que es más fuerte que él. El hombre sabio, como un mendicante, vive con aquello que otros hombres le dan como limosna, al igual que el apicultor que toma la miel que le es dada por las abejas. Esta es la lección que aprendí del apicultor”.

14. La enseñanza dada por el elefante

“Un religioso o una religiosa no deben tocar ni con la punta del pie a la figura de una mujer o un hombre aunque esta figura esté hecha de madera o arcilla. Si lo hace caerá, como el elefante que es llevado a un pozo ante la visión del sexo opuesto de su especie”.

15. La enseñanza dada por el cervatillo

“La música cantada con deseos de satisfacer los sentidos y que no sea para Dios –aunque hermosa– no debe ser escuchada por los sacerdotes. Su mente se verá –sin que él lo sepa– inclinada hacia las innumerables tentaciones que se ponen en su camino. Como un ciervo caído en una red y aprisionado por ella, así también, el hombre puede caer en la prisión de sus sentidos. Nadie está exceptuado de esta regla. El gran *Rishi* Vibhandhaka tenía un hijo llamado Rishyashringa, quien creció tan inocente como un cervatillo junto a su padre. Aún así, este inocente joven fue cegado y llevado lejos de su padre por la música y las danzas que lo atrajeron y lo aprisionaron”.

16. La enseñanza dada por el pez

“También el pez me ha enseñado una lección. Él es tentado por el trozo de carne que es colocado en el anzuelo y de esa manera es fácilmente aprisionado. El hombre debe estar constantemente atento al sentido del gusto. Comer poco es la primera lección que debe aprender. Aún el sabio puede conquistar todos sus otros sentidos, pero éste, el sentido del gusto, es muy difícil de controlar. Es una extraña cualidad de este órgano que, aún cuando se encuentre en completo ayuno, él se alimenta con pensamientos sobre la comida. Un *Jitendriya*, o sea, alguien que ha conquistado sus sentidos es, en realidad, alguien cuyo sentido del gusto ha sido destruido por el autocontrol. También hemos de aprender sobre la tiranía de los sentidos observando la abeja, el elefante, la polilla y el pez. El sentido del olfato es responsable de que la abeja se destruya cuando vuela hacia las flores que guardan esencias venenosas. El contacto con un elefante del sexo opuesto es suficiente para que ese elefante caiga dentro de un pozo. El sonido, a su vez, mata al ciervo. El león ruge con su boca puesta sobre la tierra y el ciervo, asustado y desorientado, no sabiendo de dónde proviene ese sonido, corre, sin saberlo, hacia el león que lo va a matar. El pez, tentado por el sentido del gusto, ve la pieza de carne en el

HASTINAPURA

diario para el alma

anzuelo y corre a comerla, la cual, en verdad, será la causa de su muerte. En cuanto a la polilla, el sentido de la vista la destruye. La visión de la llama es suficiente para conducirla a la muerte. Cuando cada sentido por separado y sus potencias son suficientes como para destruir completamente a alguien que ha sucumbido a ellos, ¿qué podemos decir acerca de la condición del hombre que se halla prisionero de los objetos de los cinco sentidos, los cuales lo poseen y carece de fuerzas para resistirlos? A menos que se encuentre siempre alerta, ya sea caminando o durmiendo, el hombre va a caer inexorablemente en la trampa de los sentidos, y de esa manera quedará perdido”.

17. La enseñanza dada por la abeja

“Había una vez, en el país de Videha, una danzarina llamada Pingala. Su profesión era la de una hetaira y ganaba su vida valiéndose del dinero que recibía a cambio de los placeres que otorgaba a los caballeros que la requerían. Una noche, luego de vestirse con gran cuidado –lo cual era necesario para su profesión–, salió hasta la puerta de su casa para ver a los que pasaban, con deseo de tentar a algún hombre. Ella necesitaba dinero y pensaba conseguir a alguien rico que velara por ella y a quien pudiera hacer entrar a su casa para satisfacerlo en sus deseos y, a su vez, hacerse ella rica. Por un largo tiempo, ella esperó, pero nadie llegaba. Iba adentro de su casa y volvía nuevamente a la puerta, siempre buscando a alguien que pudiera elegirla para sus placeres y así ingresar con él a sus aposentos interiores. Pasó así media noche. Pingala se sintió muy desdichada. Su rostro estaba lleno de tristeza y descontento, y sus ojos con lágrimas de ira y frustración. Súbitamente se sintió disgustada consigo misma y un maravilloso y noble pensamiento llenó su mente y así se dijo: “Una persona que no ha podido alcanzar el estado de soledad en *Atman* no sirve para nada. Jamás será capaz de destruir el amor que tiene por sus posesiones materiales, como su esposa, fortuna, hijos, hogar, etc., etc., tampoco será capaz de hacer a un lado el amor que siente por su propio cuerpo. ¡Miradme a Mí! Nunca he sido capaz de controlar el curso de mi mente que me lleva por senderos equivocados. A causa de mi deseo de gozar de los placeres de mi cuerpo he abandonado al Señor y me he tornado torpe y obstinada. ¡Qué tonta soy! En mi interior se halla el Señor que siempre estará conmigo y que puede otorgarme *Moksha* o Liberación. Teniéndolo siempre a Él en mi interior he sido ciega y sorda. Todos estos días he estado buscando a meros mortales para que me den felicidad sensible. A causa de este placer dudoso que dura sólo un instante y que se halla constantemente acompañado de tristeza, de miseria y de dolores, he abandonado al Señor y me he sometido a este cuerpo material con infinita indignidad. Este cuerpo mío que es como una casa construida con varillas de bambú atadas juntas y cubiertas con una piel, este cuerpo hecho de agua, de sangre y de huesos, ha hecho que para gratificarlo yo perdiera la visión de mi Señor, que aún así ha tenido la misericordia de vivir dentro de mí, dentro de esta terrible cárcel llamada ‘cuerpo’. ¡No seré una idiota nunca más! ¡Nunca más pensaré en las cosas de este mundo que decaen tan rápidamente! El hecho de tener ahora los ojos abiertos es prueba de que el Señor no se ha olvidado de mí, aún cuando yo me haya olvidado de Él. Los problemas que yo he tenido no fueron sino bendiciones enviadas por Él. Si no hubiese sido por esos problemas, nunca me hubiera tornado yo hacia el verdadero camino”. Y así, con una súbita comprensión de toda la superficialidad y necedad de esos años, Pingala abandonó todos sus deseos y fue a dormir decidiendo que, de allí en más, ella sólo pensaría en el Señor y en nadie más. Así como ella lo hizo, así una persona debe apartarse de los pensamientos terrenales y poner la mente en el Señor. Este es el camino para encontrar la Paz”.

HASTINAPURA

diario para el alma

18. La enseñanza dada por un pequeño animal llamado Kurari

“Cuando el hombre se torna amigo de los objetos que se hallan en su posesión, esa misma posesión se tornará causa de su desdicha. Cuando los abandona gana en felicidad. Esta lección la aprendí de un *Kurari*. Este pequeño animalito tenía una pieza de alimento con él, y pájaros que eran mucho más grandes y fuertes rodearon al *Kurari* para picotearlo. Él sufrió ese avasallamiento por un tiempo y siguió defendiendo su posesión, pero cuando el ataque se tornó insoportable, la abandonó. En ese mismo instante, los pájaros que lo habían torturado tanto tiempo se marcharon con su botín, y el *Kurari* pudo proseguir su camino sin problemas”.

“Yo no tengo posesiones mundanas y no me hallo afectado por el aprecio de otros o por su censura. No tengo mujer ni hijos que clamen por mi afecto. Me siento feliz con el pensamiento de que me encuentre libre de todas las esclavitudes terrenales, y esa es la razón por la cual yo, un *Avadhuta*, luzco tan feliz y tranquilo”.

En nuestro próximo número continuaremos con las enseñanzas de los últimos seis Maestro del Avadhuta: una joven, un arquero, una víbora, una avispa, una araña y el propio cuerpo.

HASTINAPURA

diario para el alma

Devoción a Dios

“Los siguientes son signos de la Devoción a Dios: cuando todos los pensamientos, palabras y acciones se abandonan a los pies del Señor, y cuando el más pequeño olvido de Dios lo torna a uno miserable, entonces, la Devoción a Dios ha comenzado”.

Nârada

HASTINAPURA

diario para el alma

El por qué de los templos

*de Ada Albrecht
del libro "Cuentos para el Alma"*

Hubo una vez un Rey de la dinastía Chalukya que gobernaba una riquísima y muy poderosa extensión de tierras. Su predilecta entre todas, era aquella donde se había erigido siglos antes la ciudad de Mahabalipuram, situada a orillas del mar.

El Rey se llamaba Kalu y honraba con sincera humildad, a santos mendicantes y sannyasines que se acercaban a su palacio, algunos para impartir sus enseñanzas sobre la fragilidad de la vida manifiesta y la realidad única del Espíritu. En el salón de reuniones podía haber cuatro o cinco mil personas, pero quien con mayor fervor y devoción escuchaba las palabras de los sabios que visitaban su palacio era siempre el mismo Rey Kalu.

Extrañamente, no le agradaban ni la política ni las conquistas, ejércitos o batallas. Todo su corazón, toda su alma, toda su vida se concentraba en la edificación de Templos.

Un Pandit –erudito– a quien sólo rozaran de modo superficial los rayos de ese Sol maravilloso llamado Religión, solía observar al Rey con cierto escepticismo. En el fondo de su corazón, lo criticaba.

“No entiendo por qué nuestro Soberano pasa días y noches con esos desdichados mendicantes y religiosos que viven a sus expensas. No entiendo tampoco la afición desmedida e inacabable que lo lleva a construir un Templo tras otro. No lo comprendo porque para mí todo el mundo es en realidad el santuario del Señor. Puedo meditar de manera honorable en El, a la sombra de un tamarindo o de un árbol bayan, puedo descubrir a Brahman, con solo mirar las estrellas de la noche... no... un alma realmente elevada no necesita de ninguna construcción de piedra poblada de imágenes para evocar la gloria de nuestro Padre maravilloso. En realidad, el Gran Invisible es encarcelado por hombres como Kalu en esas celdas de piedra que reciben el pomposo nombre de Imágenes Sagradas. ¡Como si Dios Absoluto cupiera en ellas!”

Es claro que se guardaba muy bien de liberar los tenebrosos murciélagos de sus pensamientos ante la presencia de nadie. Amaba demasiado su puesto en el palacio como para sincerarse con criatura alguna.

Sin embargo, a Kalu, el devoto y compasivo Rey, no le pasaban por alto los pensamientos del Pandit, de modo que una noche, Kalu fue al Templo del Señor Shiva, el Dios de la Liberación y de la piedad infinita, fue al Templo del Padre de la alegría, el Señor de la Bienaventuranza Perfecta, el que nos devuelve al reino de nuestra verdadera naturaleza, que es ser esencia del Amor, sutilísimo perfume en los Jardines del Señor. Sí; Kalu fue al Templo de Shiva y le rogó de esta manera:

“Señor de la Perfección, Maestro del Cielo; cada vez que Jalim, el Pandit me observa, su mente, recorre el camino hasta mi trono, poblada de acusadores pensamientos. Todo él es una expresión de rechazo a tu hijo, a quien en esta vida le otorgaras la corona de Rey. Tú sabes, mi Señor, que el mayor de mis regocijos es construir Templos en esta sublime ciudad de Mahabalipuram. Siento de noche tus bendiciones y tu complacencia; si, las siento venir desde el mar, envueltas en el perfume

HASTINAPURA

diario para el alma

de Tu aliento misterioso, Tu aliento de estrellas, que son las sagradas rosas del jardín de Tu Universo. Te siento a Ti y te veo, Señor mío en todas las cosas, en el polvo que pisan mis pies, en los pavos reales que adornan los jardines de mi palacio, en valles y montañas, en los pequeños guijarros que son como niños abrazados a las faldas de su Madre Ladera, y te veo, porque las imágenes de los Gopuran –los Templos– me hablan de Ti; son los sagrados cuerpos de esas construcciones de piedra, los que no permiten que mi corazón se adormezca para lo Divino. ¿Qué sería de nuestro desdichado planeta si no construimos en él, Templos para recordarte? Estaría lleno de casas para que moren los egos efímeros de mujeres y hombres. Haríamos más calles aún, para que todavía más carruajes se deslicen sobre ellas y construiríamos más negocios tal vez... Pero nada Señor, de todo eso, Te recordaría. No existirían campanas que canten Tu Nombre al amanecer, y nadie sabría de Ti. La gente comenzaría a olvidarse que existes y sus almas se tornarían tenebrosas, como troncos huecos, estériles para la Vida”.

Y Kalu, llorando, y abrazado a los pies del Señor Shiva pidió por ayuda para Jalim el Pandit.

Esa noche, cuando Jalim se dispuso a dormir luego de leer durante horas sus libros de lógica, de matemática y astronomía, esa noche, como decimos, y sin saber por qué, Jalim se sentía muy inquieto.

“Hoy me excedí en mis estudios”, se dijo, y como era muy sabio, realizó ciertas prácticas de relajamiento, practicó un poco de Pranayama, o sea, el arte de la respiración perfecta, y en contados segundos alcanzó las regiones donde su ego onírico se hallaba en toda la plenitud de su existencia. Sintió que podía volar, sí, podía remontarse muy alto. Primero lo invadió una profunda felicidad. ¡Qué glorioso era este don, esta libertad de tan inusitado y regocijante desplazamiento por las regiones del espacio! Pasó los árboles más altos y siguió ascendiendo hasta llegar a las cumbres de las montañas. Desde ellas pudo contemplar a varias ciudades, pero en ninguna, absolutamente en ninguna, pudo ver un Templo. Las grandes casas de los Dioses habían desaparecido por completo de las ciudades. El Pandit Jalim se desplazó entonces visitando otras tierras, y otras y otras más. Recorrió el país de Bharata Varshya de un extremo al otro, de Norte a Sur, de Este a Oeste. No. Ya no se hallaba tan sólo en el reino de la dinastía Chalukya. Ahora él podía abarcar con su extraño vuelo toda la sagrada geografía de Bharata Varshya, India, el País de los Hombres enamorados de Dios.

Realmente, observaba desde su altura, el país de sus sueños. No había Templos. Todos ellos, como ángeles transportados por los brazos de un colosal gigante, desaparecieron. Ni una imagen, ni un campanario, nada, pero... es claro, tampoco habían sannyasines, ni monjes mendicantes. ¡Ay, ni tampoco Pandits, como él! No había amor alguno sobre la Tierra. Ni música, ni poesía, ni cantos. La paloma de la compasión había emigrado con la dulce y sentida bandada de las plegarias que los seres humanos ya no rezaban. Sólo habían casas y casas y más casas, y en ellas, hombres que cubrían su orfandad espiritual, con los harapos de la Hechicera Ignorancia, disimulados bajo su disfraz de eruditos; ellos habían hecho la metamorfosis de las crisálidas, pero... al revés: habían perdido sus alas de mariposa, regresando a su primitivo ser de gusanillos. Se movían los desdichados, en el hueco oscuro del capullo generador del dolor, dedicados a toda clase de especulaciones. Se habían elevado sobre las calles gigantescas piras donde ardían los Libros Sagrados. El arrojarlos a las llamas era una ley. Nadie debía leerlos. Ellos eran inspiración constante para la elevación de los Templos tan criticados por el Pandit Jalim, de modo que deshacerse de su compañía, era un deber. Con ellos también se quemaban en los corazones del hombre, los sentimientos sublimes. El amor,

HASTINAPURA

diario para el alma

el perdón, la compasión, desaparecían como mansas gacelas trituradas por los tigres del ateísmo y las negras panteras del Tiempo que sólo creía en sí mismo y se burlaba de la Eternidad. La Vida Divina había huido de la Tierra. El caos material se enseñoreaba en ella.

Entonces el Pandit Jalim vio cómo los hombres se mataban unos a otros. Vio sangre, vio muerte, anarquía y desorden. El egoísmo era el Rey y toda criatura humana su vasalla. Porque nada recordaba al hombre su naturaleza divina; éste se dedicaba a vivir de acuerdo a la única que conocía: su naturaleza carnal.

Sí; el Pandit Jalim vio marchar sobre la Tierra los ejércitos de la iracundia, de la ambición y del apego. Conoció en milésimas de segundos el rostro del caos. Se estremeció de terror, se estremeció como un niño enfrentado al más espantoso de los fantasmas, como una madre ante la muerte de sus hijos, como un hombre a punto de ser asesinado. Su pánico, su terror, su desesperación quisieron liberarse porque su alma ya no podía tolerarlos, y así, gritó y su grito fue un alarido, restallando sobre las sienas del espacio. Fue el quejido brutal de un moribundo. Mucho peor: fue el grito desesperado del culpable. Cuando se despertó se hallaba bañado en sudor. Peor aún que esto, dentro de su corazón, sentíase prisionero del estupor. Se levantó, abrió la ventana de su habitación. Observó a lo lejos el tímido nacimiento del Sol. La aurora aún no maduraba, pero ya podían verse los primeros rayos del Padre de la vida que regresaba un día más a bendecir la Tierra. El Pandit Jalim salió de su casa y corrió, corrió con los brazos extendidos hacia uno de los Templos de Mahabalipuram donde el Rey cada mañana realizaba sus brahmamurthas o plegarias antes del nacimiento del astro de la vida. Llegado al Templo descubrió a su Soberano orando y se abrazó a sus pies y ese abrazo era en verdad una guirnalda tejida con las flores del arrepentimiento y su recién nacida conciencia, su recién generada Devoción. Estaba envuelto en lágrimas, y mientras él exclamaba lleno de desesperación “¡perdón, oh Rey, perdón!”, su soberano, con los ojos fijos en la imagen del Dios Shiva, murmuraba: “¡Gracias Padre del Cielo, por el milagro conferido al alma de Jalim el Pandit!”.

Al día siguiente, Kalu llamó a su Pandit al palacio y le dijo:

“Los Templos, ¡oh Jalim!, recuerdan al hombre la existencia de Dios. Los Libros Sagrados nos hablan de nuestra verdadera naturaleza, así como también del mundo Celestial. A través de todas las culturas, miles de hombres, elevaron estas Casas para Dios, porque cuando el ser humano no las construye, el espíritu del olvido se posesiona de él, se agiganta la percepción de lo material, y lo intrascendente se torna la única realidad sobre la Tierra”.

“A partir de hoy, Señor, dijo un Jalim transformado y espiritualmente enriquecido, a partir de hoy, yo también ayudaré a construir Templos. Mi espíritu se ha lavado en las aguas prodigiosas de un milagro y lo mantendré así, con tu ayuda, para que pueda servir hasta el último de mis días desde mi lugar en la Tierra al Rey del Universo. No basta con contemplar la copa del árbol del cielo, no es suficiente que admiremos los frutos de sus estrellas... tan apagado para Dios, se encuentra el pobre corazón humano, tan debilitado su paso para andar por el Sendero espiritual, que sin Templos que le recuerden la existencia de lo que es esencial, deambularía por la vida completamente perdido, como un naufrago en medio de la mar... ¡Oh Dios mío, tus Templos no son tales: son embarcaciones hechas con las maderas del árbol de tu Compasión infinita, naves que nos conducen delicada y amorosamente, hasta la Única Patria de nuestro corazón, que es Tu propio Corazón!

HASTINAPURA

diario para el alma

Jalim, había renacido a la vida, y la Vida de la Devoción había descendido para habitar el corazón del sabio Jalim.

HASTINAPURA

diario para el alma

El Sendero Divino

“Tú buscas el Sendero Divino a lo lejos, cuando en realidad está muy cerca de ti. Y crees que el Bien consiste en hacer obras muy difíciles, cuando, en realidad, es hacer correctamente las cosas más sencillas”

Mencio

HASTINAPURA

diario para el alma

La suprema Religión: la religión del amor a Dios

SOBRE LA DEVOCIÓN

Parte II

LA DEVOCIÓN NO TIENE

CAUSA ESPECÍFICA

Y NOS LLEVA A

LA REALIZACIÓN DE DIOS

La Devoción es innata en el hombre y es un modo del poder y la Bienaventuranza esencial de Dios. No puede ser producida por ninguna causa o condición extraña a ella. Dios mismo es la causa de la manifestación de la Devoción en Sus devotos, que es, como decimos, un modo de Su poder esencial y bienaventuranza. Dios hace un gran bien a Sus devotos despertando en ellos la Devoción con la cual los aleja de las influencias de la ilusión de creer que todo el mundo del ego, en lo cósmico y en lo individual es realidad. Dios despierta la Devoción en un devoto, a través de lo que éste escucha sobre Dios, lo que canta sobre Dios, el recuerdo constante de Dios, que acaban con la esclavitud del nacimiento y la muerte y que otorgan la realización en el Señor.

La Devoción surge en la mente de un devoto cuando ella se ha purificado. El escuchar y cantar los Nombres de Dios, etc., que constituyen la Devoción Formal son actos relacionados al Señor. La Devoción es la cualidad de complacer a Dios. Es un modo espiritual del poder esencial y la bienaventuranza de Dios y no un modo mental.

LA DEVOCIÓN COMPLACE

A DIOS Y A TODOS

LOS OTROS SERES

La Devoción complace al Señor y cuando Él se halla complacido, todos los seres también se hallan complacidos, así como en un árbol: sus flores y sus hojas son alimentadas cuando la raíz se halla bien irrigada. Cuando Dios se halla complacido con un devoto, el resto de los seres lo reverencian. Todas las personas son atraídas hacia un devoto con quien el Señor se halla complacido.

Cultivamos la Devoción, escuchando hablar de las Glorias del Señor, oyendo Sus Nombres e historias, cantando al Señor, recordándolo constantemente. Todo ello produce conocimiento celeste y desapego.

Dios impone Su Gracia sobre Sus devotos y les garantiza el Alto Bien de la Devoción. Por lo tanto, Dios es la causa de la manifestación del Amor devocional en el hombre. Dios es también la causa de la experiencia de intensa felicidad que se eleva del amor de Sus devotos por Él.

FE Y DEVOCIÓN

O AMOR A DIOS

HASTINAPURA

diario para el alma

Una simple Devoción puede ser generada sin Fe. Decimos “Dios es Amor”; no decimos “Dios es Fe”. Pronunciarlos Nombres de Dios de una manera formal es un acto de Devoción y ello produce Fe en Dios. Por lo tanto, la Devoción precede a la Fe y la genera. La Devoción es innata y no-manifiesta en el espíritu del hombre, y cuando decimos que es generada, en realidad queremos significar que la Devoción se despierta o manifiesta en él.

En cuanto al ascetismo: sacrificios y ascetismos no pueden controlar la Voluntad de Dios como lo hace la Pura Devoción, o sea el Amor que sienten por Él Sus devotos. El conocimiento más elevado y el más grande de los ascetismos, no logran la purificación completa de una persona que se halla vacía de Devoción. Hubieron muchos hombres “de fe” que en el nombre de su Maestro, mataron y asesinaron, como Azoka, Rey budhista que destruyó a miles de brahmines en “el nombre de Budha” o los cristianos que quemaron a millones de seres humanos “en el nombre de Dios”, etc. Toda la Historia, desafortunadamente se halla llena de estos “hombres de fe”, pero ... que eran hombres sin Amor. Allí donde existe el dogma, allí no puede existir el Amor a Dios. Ambos son totalmente contrapuestos. Escuchar y cantar los Nombres de Dios, cualidades y acciones, purifican la mente y la facultan para que pueda experimentar la real naturaleza de Dios.

Si bien el ascetismo y la Devoción conducen últimamente al mismo fin, la Devoción es superior al ascetismo; la Devoción se halla nimbada de felicidad, de elevado sentimiento hacia Dios, mientras que el ascetismo es extremadamente doloroso. El ascetismo exagera la importancia del esfuerzo personal del ser y el ego, mientras que el autosometimiento, la rendición y la total dependencia de Dios y de Su Gracia, son la esencia de la Devoción.

HASTINAPURA

diario para el alma

Las Sadhanas

Por Claudio Dossetti

*“Jamás los Upanishads deben ser enseñados
a quienes se pierden en las cavernas de los libros”*

(Muktikâ Upanishad, I)

El Camino hacia la Realización de Dios no se halla en el campo de la huera elucubración mental. La mente es parte de Mâyâ, por lo tanto, no deja de ser ilusión. Los hijos de los pensamientos son pensamientos; los hijos de los largos discursos filosóficos son nuevos discursos filosóficos; los hijos de los razonamientos son nuevos razonamientos; mas, **el hijo del Amor a Dios, es Dios.**

Dice el músico-santo Tyagaraja en una de sus innumerables canciones a Dios:

“¿De qué nos sirven los ojos y su brillo si ellos no se recrean en la belleza del Señor?

¿De qué sirve tener un cuerpo si no es para abrazar la imagen del Señor?

¿Y las manos? ¿De qué sirven, si no es para ofrendar con ellas guirnaldas perfumadas a Dios?

¿Y nuestra propia lengua? ¿De qué sirve si con ella no le cantamos al Señor?”

Esto que nos dice Tyagaraya hace referencia a la Sadhana, nombre con que en sánscrito se designa a la práctica espiritual. Hay muchas clases de Sadhanas. **En todas ellas, el Amor a Dios es su factor común.** Cada aspirante espiritual debe hallar la disciplina que sea más acorde con su naturaleza y que pueda remediar sus propias falencias. Por ejemplo, para alguien en exceso externalizado, el impedir que sus sentidos corran desbocadamente tras los objetos del mundo y llevarlos, poco a poco, a descubrir el maravilloso mundo que se halla en su propio corazón, es una clase de Sadhana. Para una persona que tiene tendencia a ver los errores de los demás, una buena Sadhana es tratar de ver sólo las virtudes que nacen de la condición divina del Alma humana. Una Sadhana muy importante es la práctica de Satya o “decir siempre la verdad”. Esta práctica otorga tranquilidad al corazón, genera fortaleza interna y establece al ser humano en lo Real. También el estar atento a las necesidades de quienes nos rodean, es decir, el servicio inegoísta, es una clase especial de Sadhana, ya que nos libera del terrible mal que es pensar siempre en nosotros mismos. Hay otras disciplinas que todos deberíamos realizar siempre, por ejemplo, la repetición de Mantras, fórmulas sagradas u oraciones. Esta práctica hace que nuestra mente, en forma paulatina, vaya tomando la forma de la Divinidad a la cual entregamos nuestra devoción. “Vak” o “la palabra” es un poder inmenso capaz de producir inefables transmutaciones en nuestro corazón. No debería pasar un solo día de nuestras vidas sin que realicemos esta práctica. Un Japamala (108 cuentas), o un rosario, ayudan a esta práctica. Un Mantra u oración

HASTINAPURA

diario para el alma

breve consagrada a la Deidad que nos es propia, si es repetida diariamente, con atención y devoción ayudará en gran medida a serenar nuestra mente e infundir la presencia divina en nosotros. También el estudio de los Libros Sagrados, **si es efectuado con una actitud reverente y una mente serena** es una importante Sadhana. Hay quienes practican Hatha Yoga. Si esta disciplina es realizada con el objeto de lograr una mayor quietud interior y pureza del vehículo físico para canalizar mejor la energía divina, también es una buena Sadhana. Kirtams o cantos devocionales es una Sadhana que eleva el corazón rápidamente hacia el plano espiritual.

En fin, las clases de Sadhana son muchas, y cada una de ellas encierra inapreciables beneficios para el alma humana. Pero, por sobre todo, los Sabios siempre enfatizan que la práctica debe ser **constante**. Un Maestro dice :“*Ni el camino del Jñana (conocimiento) es cuestión de mero parloteo filosófico, ni el camino del Bhakti (devoción) consiste en vanas súplicas; no, ellos exigen práctica sostenida y trabajo constante*”. Así, para llegar a lo **Real**, debemos hacer un trabajo **Real** sobre nosotros mismos. Se debe partir de la **Verdad** para arribar a la **Verdad**.

Fijémonos cada uno de nosotros nuestra propia Sadhana. Y llevémosla a cabo. Ya sea en forma individual o en grupo. Ello ha de otorgar coherencia y un objetivo divino a nuestras vidas, ya que, como nos enseña nuestra Maestra Espiritual: “la misma vida humana no es sino una inigualable Sadhana que conduce al Hombre hacia Dios”.

¡Que la Deidad de la práctica espiritual tenga firme morada en nuestro corazón!

¡Bendito y alabado sea nuestro Señor!

HASTINAPURA

diario para el alma

El antiguo Egipto: la tierra de los Dioses

PARTE II

Por Pablo Mestre

La devoción a Osiris

Allende las concepciones teológicas propias de cada región o ciudad, la religión de Osiris fue el culto devocional más difundido, que trascendía las fronteras y las clases sociales. Osiris fue durante mucho tiempo, incluso en tiempos de los romanos, el dios más amado y reverenciado del antiguo Egipto. En sus relatos se conjugaban tanto el concepto del renacimiento anual de la naturaleza, como la promesa de la vida después de la muerte.

El nombre Osiris es la forma griega del egipcio Ausar o Usir, que significa *el de los mil ojos, el que todo lo ve*. También se le llamaba Uenennefer, *el Ser eternamente bueno*. Sus símbolos eran el ojo (la sabiduría) y el cetro (el poder).

Partes de la historia asociada al dios se encuentran en los Textos de las Pirámides, pero es gracias a Plutarco que conocemos casi la totalidad del relato de Isis y Osiris, que, resumido, es como sigue:

Nut, la señora del firmamento, tiene a sus hijos Osiris, Horus el viejo, Seth, Isis y Neftis. En el momento del nacimiento de Osiris, en toda la tierra se oyó: "Ha nacido el buen y gran rey de la Tierra". Con el tiempo, las profecías se cumplieron: Osiris trajo la civilización al valle del Nilo. Su reinado fue el de un sabio y benigno legislador, que enseñó a sus súbditos a trabajar la tierra, obtener granos y frutos; instituyó el culto a los dioses e inventó los instrumentos musicales para las ceremonias religiosas.

Una vez que sus gentes estuvieron preparadas, Osiris marchó a enseñar a otros pueblos. Dejó a su esposa y hermana Isis al frente de Khemis. Pero alguien envidiaba los logros de Osiris: su hermano Seth, Señor del Desierto. Seth, aprovechando la bondad infinita de su hermano, preparó a su vuelta un gran banquete. Isis avisó de la maldad de Seth a su esposo, mas éste no vio ningún mal en asistir al banquete en su honor. Seth se alió con Aso, reina de Kush, y con otros 72 conspiradores; en secreto, midió el cuerpo de Osiris y mandó fabricar un cofre, con las medidas del rey, ricamente adornado. Al final del banquete, Seth ordenó sacar el cofre, anunciando que lo donaría a quien entrase en él. Todos intentaron entrar; Osiris, sin ver mal alguno en ello, se metió en el cofre y, en segundos quedó encerrado, clavada la tapa y sellada con plomo derretido. Poco después, el cofre fue arrojado al Nilo.

Cuando Isis recibió la noticia, sintió un gran dolor; se vistió de luto y se cortó un mechón de su melena. Sabiendo de que los muertos no pueden descansar si no son enterrados con los ritos funerarios adecuados, emprendió la búsqueda de su esposo y hermano. Mucho tiempo pasó preguntando a todo hombre y mujer por el cofre tan ricamente adornado; un día, viendo a unos niños jugando en la orilla del Nilo, se

HASTINAPURA

diario para el alma

acercó a preguntarles; los niños le informaron del lugar donde Seth y sus secuaces habían dejado el cofre (desde entonces, los egipcios creyeron que los niños poseían dotes naturales de adivinación).

Gracias a sus mágicas virtudes, Isis descubrió que las olas habían llevado el cofre a Byblos y lo habían arrojado en un arbusto de tamarisco. Este arbusto se había convertido en un maravilloso árbol, con el cofre en el interior del tronco. El rey de Byblos, Melcarthus, fascinado por el árbol, lo hizo talar para usar su tronco como columna de sujeción del techo de su palacio.

Isis acudió entonces a Byblos, donde se sentó en una fuente. No habló con nadie, salvo con las doncellas de la reina, a las que habló con dulzura, peinó y perfumó con su divino aliento, más fragante que las flores. Cuando las doncellas llegaron a palacio, la reina Astarté les preguntó cómo iban tan bellamente peinadas y perfumadas; ellas le contaron el encuentro con la bella extranjera, y la reina hizo que la trajeran a palacio, convirtiéndola en nodriza de su pequeño hijo varón.

Isis alimentó al niño dándole el dedo a chupar. Por la noche, cuando todos dormían, ponía grandes troncos al fuego y echaba al niño a las llamas; después se convertía en una golondrina y emitía grandes lamentos por su esposo muerto. Corrieron rumores de estas prácticas entre las gentes del palacio, y una noche la reina se escondió en la sala para comprobar si eran ciertos. Cuando Astarté vio al niño entre las llamas, corrió aterrorizada a rescatarle, e Isis la reprendió diciendo que privaba al infante de la inmortalidad. Después reveló a la reina su verdadera identidad y le explicó los motivos por los que se encontraba en Byblos, pidiéndole que le entregara el pilar que sujetaba el techo de palacio. Cuando le fue dado, abrió el tronco y sacó el cofre que contenía el cuerpo de Osiris; su lamento fue tal que uno de los príncipes murió de terror. Desde entonces, el tronco fue conservado y venerado en Byblos. Por este motivo, uno de los muchos nombres de Osiris es “el que está en el árbol”.

Isis volvió a Egipto por mar, abrió el cofre y lloró amargamente por su esposo. Después Isis se retiró a Buto para descansar. Seth, que se encontraba cazando a la luz de la luna, descubrió el cofre. Encolerizado, destrozó el cadáver de Osiris en 14 partes y esparció los trozos por todo Khemis.

Al descubrir este último acto, Isis, asistida por Neftis y Toth, emprende la búsqueda de los trozos de su esposo; cuando encontraba uno, mandaba erigir un templo en el lugar (por esto hay tantas tumbas de Osiris en Khemis); solo faltó el falo, que fue comido por tres peces. Asistida por Anubis, Isis recompone el cuerpo de Osiris y practica la primera ceremonia de “Apertura de los Ojos y la Boca” y la primera momificación. Gracias a la Magia, se convirtió en milano y aleteó sobre el cuerpo de Osiris, ventilando sus conductos nasales y dándole la suficiente vitalidad para embarzarla de Horus el joven, al que dará a luz en la isla de Shemis, en el delta.

Así, Horus se convierte en hijo póstumo de Osiris, a quien Isis deberá proteger (también Isis es protectora de la infancia). Horus luchó contra Seth y triunfó sobre él después de una larguísima contienda. Al principio Seth le arrancó un ojo, pero Horus lo recuperó y se lo ofreció a Osiris, quien de esta manera recuperó la vida. Horus, al resucitarlo le dice: “Osiris, tú partiste pero has retornado; te dormiste pero has sido despertado; moriste, pero vives de nuevo”.

Seth nunca pudo ser vencido definitivamente porque encerraba un poder irreductible. Horus recibe la corona que había pertenecido a Osiris y éste parte a reinar entre las almas.

HASTINAPURA

diario para el alma

SÍMBOLOS DE ESTA HISTORIA

Veamos brevemente algunos símbolos que esta historia encierra. Este reino, educado y cultivado por Osiris, representa al alma humana, que por naturaleza tiende a seguir devotamente a Dios por sobre todas las cosas, simbolizado por Osiris. Esta devoción natural se desvanece cuando Seth, el ego, toma las riendas del alma. Pero Isis, la Suprema Sabiduría, parte prontamente al rescate de su bienamado: la Sabiduría busca re-despertar en nosotros a la divinidad dormida. Y el renacer de nuestra divinidad interior es simbolizada por el Niño Divino, Horus, quien finalmente somete a las tendencias oscuras y restablece el Reino de la Luz en nuestro corazón.

Se celebraban anualmente, en el gran templo de Osiris, los Misterios del dios, tanto para los discípulos iniciados como para el pueblo en general. Los sacerdotes organizaban la representación de la vida, de la muerte y de la resurrección de Osiris, y habían procesiones, festejos, bailes y música. Todos esos ritos simbolizaban la muerte y resurrección del dios, y su finalidad no era otra que hacer de la muerte la puerta de la vida nueva.

Las fiestas, que coincidían con la época de la siembra, comenzaban cerca del final de la estación de la inundación; entonces las aguas se retiran dejando al descubierto la tierra blanda, lista para los trabajos de labranza.

La siembra, el acto de enterrar la simiente, era relacionado con la muerte del dios. La fabricación de estatuas de Osiris, amasadas con tierra, granos de trigo o cebada primero, incienso y piedras preciosas después y depositadas luego en cubas que se regaban con agua nueva de inundación y la operación de arar y sembrar un “campo de Osiris” constituían las partes esenciales de los ritos. La culminación de la fiesta se producía con la erección del Zed, la columna de cuatro capiteles superpuestos, a la que se daba a menudo forma humana, munida de las insignias y atributos de Osiris.

El Día de la Lamentación del dios era la parte dominante de ese ritual vinculado con la siembra, mientras se esperaba la germinación de la semilla. En este día se hacía vigilia de oración durante las 24 horas. Durante las 12 horas del día y las 12 horas de la noche se practicaban sobre el cadáver de Osiris los ritos de momificación y resurrección. El cuerpo del dios yace en su ataúd; en una capilla, Isis y Neftis, las dos “viudas” o “compañeras” actúan de plañideras y entonan cantos de lamentación alusivos a la angustia del dios, los que alternan con palabras solemnes del sacerdote, o con las que pronuncian los dioses.

El día siguiente al de la erección del Zed era el primer día de la germinación, y en él se celebraba públicamente la fiesta del renacimiento del dios en los Cielos. La alegría por la resurrección era una esperanza plena de certidumbre de la inmortalidad del alma, y se festejaba a Osiris viviente en el otro mundo, promesa de retorno. Desde el aspecto de la germinación de la simiente, era aclamado como el dios joven y vigoroso, Horus.

La devoción a Osiris se mantuvo viva durante muchos siglos, mientras que los ritos, creencias y cultos se modificaban o cambiaban. Para algunos, Osiris era un dios de la Naturaleza: encuentran en Osiris un símbolo del Nilo, que crece y decrece todos los años; de la vegetación, que vive en verano y permanece latente en invierno; de la luz solar, que desaparece cada tarde y vuelve con el alba. Pero sobre todo era considerado como Señor de las almas, con la capacidad de morir y resucitar, capaz de la inmortalidad de él y de sus seguidores. Como Señor de las almas, unificó en su culto a

HASTINAPURA

diario para el alma

todas las clases sociales de Egipto. Se le conoció como el primero entre los Occidentales, o sea, entre las almas que han dejado sus cuerpos, que habitaban allá donde se oculta el sol.

En nuestro próximo número continuaremos con “El Antiguo Egipto, la tierra de los Dioses”, donde trataremos sobre “Las historias sobre la Creación del Universo”.